MONOLOGO A DOS VOCES

por Fernando Martín Iniesta

Sabe que le acecho, que no puede darme la espalda cuando entra en esta habitación; no ignora que, tiene la conciencia de que sólo vivo para vengarme de él, para hacerle pagar esta tortura a la que me tiene sometida. Matarlo es poca cosa y él lo sabe

* * *

Un accidente será la solución. O que ella, desesperada, tome la decisión de suicidarse. Pero no lo ha pensado ni nunca lo pensará. Para ella, no ha sucedido nada. Todo sigue igual, igual, y yo soy un monstruo, igual, y yo soy un monstruo, el único culpable, el ser que goza teniéndola recluida en esa habitación... ¿Habré dejado bien cerrada la puerta? Creo que sí. Pero nunca estoy seguro, siempre temo haberme olvidado de echar el cerrojo. Esto me obsesiona. ¡Sería espantoso que pudiera escaparse!

Voy, una vez más, a comprobar que no puede huir.

* * *

Oigo sus pasos: se acerca. No, no viene a traerme la comida, tampoco a obligarme a que me ponga los ungüentos que el médico me ha recetado; eso sucede al atardecer, y, todavía, no es media tarde. Viene a comprobar que la puerta está bien cerrada. Es su primera obsesión, su gran obsesión, que no le deja descansar un solo instante. Ahora, oiré, nuevamente, el sonido del pestillo de la cerradura. Luego, suspirará para tranquilizarse y sonarán sus pasos, alejándose.

Viene porque tiene miedo, porque el miedo le roe las entrañas. Y él «sabe» que yo sé, veo, siento y gozo con el horror que me tiene. Esa es mi fuerza, la primera manifestación de mi venganza. Por eso, no le mato, no me lanzo sobre su cuello y le estrangulo. Aunque él no lo crea, me sería fácil. Pero fomentar, alimentar y sentir cómo le crece el miedo, es más cruel que su muerte.

* * *

¡Su risa, su risa hiriente y sarcástica, como un puñal, otra vez detrás de la puerta! Hay veces en las que noto su presencia como si traspasase los muros; es la sensación de que el aire se espesa, se materializa, y, entonces, arde. El calor sólo ocupa espacio material de un cuerpo. Si

tiendo la mano, me arde; si la retiro, se me hiela. Esta sensación la siento cada vez que me acerco allí, y, algunas noches, al meterme en la cama, la noto ardiendo y observo cómo, a mi lado, en el colchón, en las sábanas, se precisa el hueco que formaba el peso de su cuerpo, y noto cómo me abraza, me aprieta con todas sus fuerzas, con la misma pasión, salvaje y desbordada, que le ha unido a mí durante años. Solo al encender la luz, la sensación desaparece y vuelve el frío a apoderarse de aquella parte del lecho.

Duermo con la luz encendida.

*** * ***

¡Si al menos me dejase tener un espejo! Pero se ha negado. Es la única cosa que le he pedido, desde que me tiene en esta situación, casi suplicante. ¡Necesito verme, contemplar mi rostro, saberme hermosa! la belleza ha sido siempre me gran arma. Con ella lo he conseguido todo, incluso a él. He vivido, como dicen los cronistas de sociedad, con el mundo a mis pies. Cuanto he deseado, lo he tenido, y todo se lo debo al hecho de ser una mujer hermosa. Desde la noche aquella que me proclamaron Miss Universo, comprendí que había nacido para ser admirada, mimada y codiciada por los hombres. Si era inteligente lo lograría todo y creo que, , hasta el día que me dejé engañar y traer a este lugar, donde me tiene secuestrada, he obrado siempre con inteligencia: este ha sido mi único error.

¿Cómo era mi rostro? Estoy perdiendo la identidad de sus rasgos, comienzo a recordarlo como una postal antigua y sepia... Tenía –¿por qué no me atrevo a decir «tengo»?– la piel nacarada, la nariz recta, los ojos verdes, largas las pestañas, la boca, caso, algo grande, con labios gruesos y rojos, la barbilla firme, le cuello largo... ¡Ahora, no puedo reconstruirlo! Me paso las manos, suavemente, recorro con los dedos sus curvas, advierto unas leves arrugas en la frente bordeando los ojos. Pero, sobre todo, lo que me ha hecho perderla identidad de mi cara, es la dureza que noto en la piel y la casi certeza de que una especie de bultos la están agrietando. Pero sé que esto son aprensiones mías, que si tuviera un espejo desaparecerían mis temores.

Por eso, lo más cruel de su venganza ha sido impedir que me vea. Sabía –me conoce bien– dónde estaba mi fuerza.

La única forma de aniquilarme es hacerme dudar de lo que he sido, de lo que, todavía, soy.

Pero no lo conseguirá.

*** * ***

Nunca sabrá, si puedo evitarlo, por qué la traje a esta casita, aislada en pleno monte, y donde nunca viene nadie; por qué la encerré en la buhardilla. He pensado decírselo en varias ocasiones; pero ya es imposible. Fue el amor inmenso que le tenía lo que me hizo apartarla de todo y de todos. No hubiera aceptado, en forma alguna, su terrible realidad.

Ahora no sé, si es el amor o el odio, lo que motiva mi silencio. Ambos se han confundido, se han mezclado, se enredan entre sí hasta convertirse en una fuerza intensa, capaz de justificarlo todo... He dicho justificar y me asusta la palabra, porque no son razones morales las que me obligan a hacer lo que hago.

* * *

Nos hemos convertido en dos fieras al acecho, que se alimentan de los trozos de carroña que pueden arrancarse mutuamente. Carroña moral, sentimientos putrefactos, basura de palabras que nos arrojamos como escupitajos cada vez que nos vemos.

Hay días en que nuestra excitación se desborda y necesitamos estar mucho tiempo juntos, para torturarnos mutuamente. Es una batalla feroz y descarnada, implacable. No es una lucha a muerte porque, a lo que nos hemos condenado, va más allá de la muerte. Morir sería fácil; matar, más todavía. Por eso, todos mis esfuerzos, se centran en vencer el instinto, que no me abandona, de estrangularlo. Muerto, no me servirá para nada. Le necesito vivo para descargar, sobre él, todo mi rencor, mi odio y mi ira.

A él debe sucederle lo mismo. Matarme, le sería mucho más fácil, ni siquiera tendría que recurrir a la violencia física, que siempre tanto le ha asustado: bastaría con privarme de la comida, dejarme morir de inanición. ¿Por qué no lo hace entonces?

Porque su odio, como el mío, va más allá de la muerte.

* * *

Lucho por no caer en la tentación de los recuerdos: son como una droga que me dejaría impotente ante ella. Sin embargo, no siempre logro evitarlos, y confieso que son como un baño tibio que me sumerge en una atmósfera irreal de placidez. A altas horas de la madrugada, cuando la sensación, primero de calor, luego de frío, se posesionan de mi cama, siento como las paredes se alejan, se vuelven translúcidas y el aire tiene la frescura de su piel; sus brazos, viniendo desde el horizonte, se aferran a mi cuello, en una potente y suave al mismo tiempo embriaguez, y sus labios me dejan vencido, derrotado, incapaz de otra cosa que no sea obedecerla... Su cuerpo, desnudo, bellísimo, joven, vuelve a poseerme plenamente, y, lo único que soy capaz de desear, es que no me abandone.

Y, entonces, comprendo, que es inútil toda resistencia.

Es esta sensación de derrota, de aniquilamiento frente a ella, la que he vivido durante años, contra la que he luchado, aún sin saberlo, con solo la conciencia de mi derrota. Me ha dominado siempre; a veces, con crueldad, con despotismo, convirtiéndome en un pelele, en un muñeco de trapo, capaz de la máxima degradación.

* * *

Su odio y su impotencia. Un odio disfrazado de amor, sostenido sobre el amor, engañado por el amor. Un odio que ha tardado años en descubrir, y que, yo, siempre yo, adiviné que dormía dentro de él.

Nunca me aceptó como era. Rico, poderoso, creyó que podría comprarme, como se compra un objeto de adorno, que, además, nos proporciona placer. Yo simulé aceptar la situación: una vida de lujos, viajes, obsequios, dentro del Gran Mundo A fin de cuentas, es lo que siempre han deseado y desean, las chicas como yo, que han crecido en las privaciones, el trabajo y, a veces, la miseria.

Me ha paseado por los salones, los hoteles de lujo, las fiestas de sociedad y los círculos elegantes, como a una muñeca, un adorno de carne, un papagayo que sabía sonreír, decir cosas ingeniosas y que atraía, por igual, hacia él y hacia mí, la atención y envidia de hombres y mujeres.

Siempre temí que descubriera lo que ocultaba mi falsa sumisión. Sabía que, cuando esta aconteciera, cuando descubriese que le estaba utilizando, su venganza sería terrible.

Pero nunca fui capaz de adivinar que llegase a estos extremos.

* * *

No, no fue la venganza, sino el amor, lo que me hizo traerla aquí. La he querido siempre, siempre. No podría, entonces, ocasionarle mal alguno.

Quise evitarle el inmenso dolor de leer, en los ojos ajenos, lo que le estaba aconteciendo, en lo que estaba, fatalmente destinada a convertirse.

* * *

Necesito que venga, desarmarle, no con la ira, sino con la ironía y la mordacidad. Le haré nacer la nostalgia, le resucitaré los recuerdos, ante los que se siente indefenso.

Me mostraré dócil, seré capaz de hacerle olvidar el crimen que está cometiendo. Y, cuando vuelva a sentirse seguro, le hablaré de aquella noche en Cannes, cuándo, obsesionado por el juego, permitió que Jean me acompañase al hotel. Nunca me preguntó que había pasado, y no lo hizo por orgullo. Y nunca sabrá que, entre Jean y yo, no ocurrió nada... nada. Pero resucitar aquel incidente que, aunque, él crea que lo ignoro, le obligó a cambiar nuestros planes y a marcharnos, será un paso más, todavía no el decisivo, en el escalonado plan de tortura a que está destinado.

¿Por qué tarda tanto? Lo espero con impaciencia. Con una impaciencia y una excitación, que, cada vez más, descubro con infinito placer.

* * *

He trasladado mi dormitorio a la habitación contigua a la que ocupa. Así podré escuchar, cada noche, cuando crea que estoy dormido, sus

sollozos. ¡Por que tiene que sollozar! ¡tiene que sufrir, aunque lo disimule, aunque ahogue su llanto cuando estoy en su presencia!

Ya no la temo. Ya sé que no puede volver a sugestionarme con su belleza.

¡Ahora soy yo el más fuerte!

*** * ***

Le ha sorprendido no encontrarse con mi mirada acerada, con la descarga de rencores que siempre le recibo. Ha intentado mostrarse seguro de sí mismo. Pero yo sé que el miedo le ha crecido, que está a punto de ahogarle, que ya, nunca, suceda lo que suceda, podrá librarse de él.

Es la primera vez que me trae los alimentos sin cubierto alguno para que los tome. ¿A qué vienen, ahora, estas precauciones? Recela, recela de todo, y eso, entra por entero en mi s planes. Cree que ya estoy al límite de la desesperación, que soy capaz de cualquier cosa, incluso de matarme. Y me necesita, como yo a él, viva.

Estos lazos que nos unen, son más poderosos, más fuertes, más irrompibles que los del amor o los del deseo. Mi tortura es la suya, mi angustia es la misma que el siente. Compartimos la desesperación. Nunca creía que el odio uniese tanto, que los seres humanos fuesen capaces de tanto horror, que necesitasen del pánico para vivir.

Porque la desesperación, el horror y el pánico, es lo único que nos queda.

No. No ha sido necesario que le hablase de Jean. ¿Para qué? Estamos ya más allá de la pasión que puedan provocar los celos, porque el pasado, el tiempo feliz o desgraciado que hemos vivido juntos, ya no existe. Somos solo presente, verdugo y víctima.

Lo que ya no podemos descifrar es quién es la víctima y quién el verdugo.

Somos la misma cosa, al mismo tiempo. Y estamos descubriendo que hay un placer infinito en torturar, para ser torturado, en herir para herirse al mismo tiempo.

*** * ***

No me ha engañado su aparente docilidad, su encubierto propósito de confiarme. Pero he sentido, por unos instantes, la debilidad de confesarle los motivos por los que la tengo recluida. La debilidad, la duda, ha durado sólo unos segundos.

Si se lo hubiese confesado, hubiera vuelto a encontrarme indefenso. Sólo puedo sacar fuerzas de la crueldad, fortaleza del odio. ¿O del amor? Porque, acaso, ¿no será el odio el límite desesperado del amor?

*** * ***

Me ha mirado de una manera extraña, desconocida para mí. Hablaba con un tono extraño, como lejano, como ausente, perdido en el tiempo.

Su voz me ha resultado desconocida.

¿Estará ya al borde de sus fuerzas, incapaz de resistir por más tiempo esta tensión, este feroz combate?

Ha dicho que estará fuera un par de días, y me ha dejado comida, como lo hace últimamente, sin cubiertos, hasta que vuelva.

Creo que no volverá. Este el el final. El único final que no he podido predecir.

También yo estoy agotada, incapaz de resistir por más tiempo. Si tuviese valor, me confesaría que esto, acaso, sea lo que estoy deseando...

*** * ***

Ya puedo abrirle las puertas: ha dejado de ser necesario que le oculte su secreto, que, ya es también el mío.

He visitado al doctor, y me ha confirmado que yo, también, estoy leproso.